

## BENJAMIN JARNES: APROXIMACIONES A SU INTIMIDAD Y CREACION

POR

VICTOR FUENTES

La obra de Jarnés, tan apreciada hace treinta años, es objeto hoy de una casi total desestimación. Autor y obra, estudiados muy superficialmente por la crítica actual, desde una vertiente estética nada favorable a su comprensión, aparecen catalogados—disecados—en los estudios panorámicos sobre la literatura o la narrativa contemporánea—los de Torrente Ballester, Nora, Marra-López, limitándonos a los más recientes—como exponentes cimeros de la deshumanización del arte, de un formalismo estetizante. La crítica de la posguerra, ciega a todos los valores que no sean los de un realismo social o un existencialismo, mediocrementemente interpretados, se encuentra en las peores condiciones para interpretar una obra, como la del escritor aragonés, que se caracteriza por la delicada sensibilidad y la aguda inteligencia, cualidades que brillan por su ausencia en la mayoría de los ensayos circunstanciales que sobre la creación de Jarnés—creación de hondura, con más de una treintena de títulos a su haber—se han escrito en los últimos años. En las páginas que siguen, prescindiendo de los tópicos críticos al uso, nos acercamos a la personalidad y a la obra del escritor, interpretándolas en función de la intimidad del hombre; ya que, paradoja de paradojas, en un artista motejado de deshumanizado, toda su creación fluye del hontanar de su intimidad.

«Es en vano querer cosechar fuera de nosotros. Nos hallaríamos vacías las manos, o llenas de espigas hueras», escribe nuestro autor y, predicando con el ejemplo, hace de la degustación voluptuosa de su propia intimidad el tema vital de su obra, una obra que, contra lo que pueda darnos a entender su tono risueño y aparentemente desenfadado, se abre a acuciantes problemas del ser y de la cultura, sentidos vivamente por el espíritu del hombre. Vida y arte, existencia y creación aparecen en Jarnés completándose mutuamente. Hombre y artista, a pesar del prurito diferenciador de la época, son dos caras del mismo ser. Si el artista, por exceso de recato y pudor, y aun de corazón—palabra proscrita del arte de la época—esconde su vida personal, en su dimensión histórico-aneecdótica, su obra se alimenta casi exclusivamente de la interioridad del hombre.

Todo Jarnés está en su obra. La emoción personal, pudorosamente recatada, vibra en cada una de sus páginas. Cuando nos acercamos con detenimiento y atención a sus libros, es fácil percibir, bajo la graciosa armonía del estilo, el temblor de un espíritu en tensión, y, tras la serena faz del artista, en perfecto dominio de su materia, el rostro del hombre acongojado por la incertidumbre y la inquietud. Artista de vocación y «oficio», hace de su obra un «ejercicio» de perfección artística y humana: realización del hombre y vuelo tendido hacia la vida de plenitud, ideal que alienta las mejores creaciones del período —recuérdese la obra de Guillén y Salinas, tan afines por edad y temperamento artístico a Jarnés.

Hay que tener presente, al aproximarse a la obra del escritor aragonés, el patetismo de su biografía, vivida, en su mayor parte, bajo el signo de la adversa circunstancia: a la luz de su experiencia vital, su creación —biografía artístico-espiritual— acrecienta su sentido de superación y perfeccionamiento, y la concepción del mundo que expresa se tiñe de un fuerte dramatismo vital. La vida pasada del hombre ejerce poderosa gravitación sobre el artista, espíritu en extremo sensible y emotivo: todos sus libros rondan la biografía y no es difícil advertir, cuando se conoce su obra, que bajo las veladuras de un primoroso estilo artístico, sus libros aluden a etapas concretas de la vida del autor. La peculiar circunstancia en que se desarrolla su niñez y juventud ejerce gran influencia en la conformación de las actitudes íntimas que presiden su obra. Desde muy niño, nacido en una familia en extremo pobre y numerosísima, se ve obligado a enfrentarse con la hostilidad del mundo exterior, a afinar su temple y fortalecer su personalidad, en grave peligro de ser anegada en la promiscuidad y el anonimato, signos que presiden gran parte de su existencia, pues a la promiscuidad familiar sigue la del seminario y el cuartel, «fábricas de autómatas», según su definición, y años de vida anodina, sumergido en el marasmo de la existencia provinciana, desempeñando un menesteroso empleo burocrático. Espíritu sensible y delicado, reacciona desde muy pequeño contra esta situación en que le toca vivir: aprende a refugiarse en su interioridad, a buscar en la riqueza de ésta compensación a los sinsabores de su existencia cotidiana. En la decantación de su intimidad va agudizando unas dotes personales —capacidad de imaginación y fantasía, voluptuosidad vital y creadora— que le permitirán, a despecho de sus otras limitaciones, el disfrute y la gozosa posesión del mundo.

El confinamiento y la represión de los años de seminario despiertan en su espíritu, por oposición a un régimen de coerciones físicas y morales, un amor por la vida libre e instintiva, y un exacerbado

sensualismo que dan impronta característica a su obra. Al abandonar el seminario, el mundo que se despliega ante sus ojos, el de una sociedad burguesa e industrial, ofrece pocas posibilidades —y menos alicientes— para él, ex seminarista pobre, carente de medios y preparación para abrirse paso en ella. «Atolondrado viajante en nubes», como describe a Julio, su *alter ego* literario, vive durante años con rumbo incierto —cursa la carrera de magisterio, se hace sargento de oficinas militares—, alienado en una sociedad que antepone los valores utilitarios a los vitales y del espíritu. El seminario, el estudio y las letras imprime en su persona el sello de la clerecía, la distinción de las letras y el espíritu, y unas aspiraciones difícilmente avenibles con los intereses prácticos y materiales del «estado llano». De ahí que todos sus esfuerzos en estos años se encaminen a crearse un destino individual, por encima de sus limitaciones sociales. A este respecto, es significativa su fervorosa admiración hacia Julián Sorel, que data desde su época de seminarista. Joven de humilde cuna, pero de ilimitadas ambiciones, el héroe stendhaliano, cuya existencia en algunos aspectos se asemeja a la suya, se le presenta como modelo de individualidad y distinción espiritual: «Julián Sorel es el símbolo del joven que de la pobreza anónima quiere ascender a una espiritual riqueza solitaria» (1), escribe en una ocasión, describiendo con sus palabras el gráfico de su propia trayectoria vital encaminada hacia la riqueza espiritual.

Nos imaginamos a Jarnés, en estos años, como uno de aquellos jóvenes españoles —a quienes se dirige Ortega en una de las salidas de *El espectador*— «que, hundidos en el oscuro fondo de la existencia provinciana viven en perpetua y tácita irritación contra la atmósfera circundante». Desde joven parece hacer suyo el precepto orteguiano de la vida como proyecto, pues fiel a su «fondo insobornable», lucha denodadamente —desechando, a riesgo de su seguridad, el destino que se le ofrecía «confeccionado»— por encontrar su propio destino, que halla, hecho por él mismo, a su propia medida, en su vocación literaria, llevada dentro de sí desde su adolescencia, pero que, debido a los obstáculos que tiene que superar, no se manifiesta hasta ya entrado el autor en una edad madura. Empero, por esa conciencia de juventud literaria que suele caracterizar al escritor mientras se conserva inédito —agudizada en Jarnés, quien, en verdad, renace en su creación—, su musa irrumpe en nuestras letras, alegre y juvenil, pasando pronto a ser exponente cimero de un arte de juventud y alborada. Pocos artistas tan indicados como Jarnés por su constitución íntima para expresar esta época del arte —arte nuevo, de imagina-

---

(1) *Feria del libro*. Espasa-Calpe, 1935, p. 41.

ción y fantasía—en que el artista se acerca al mundo con la ingenuidad y la frescura del infante—desembarazado de inerte tradición—en busca de una nueva visión.

Jarnés se da por entero a su menester literario; trabaja infatigablemente, haciendo suyo el dicho de Kierkegaard de que, como Scheherezada, habría de salvarse inventando y narrando. Literatura como salvación—y no evasión—, salvación de las inquietudes íntimas que asedian su espíritu, del anonimato y la nivelación. En su arte, en su personal estilo literario, encuentra un medio de individuación, en la vida estética la superación temporal de muchas inquietudes. Muy a tono con el espíritu alegre y lúdico del arte de la posguerra, con el clima vitalista de aquellos años, los escritos jarnesianos propagan un sentido festival y risueño de la vida, una exaltación de lo vital, el «ríofiel» en su mitología, en donde gustan de mirarse sus protagonistas, pues como el autor escribe: «Sólo un periódico retorno a lo espontáneo—a las eternas fuentes vitales—para reconquistar allí nuestra flexibilidad perdida entre tanto rígido maquinismo, podría redimir al hombre» (2). Su obra encierra una exaltación dionisiaca de la vida, de los valores vitales sepultados en la edad moderna bajo la intelectualidad y el mecanismo, máximos enemigos de la concepción vital y artista que postula Jarnés, fundada en la amorosa y lenta fruición, en la superior capacidad de goce.

De la voluptuosidad hace instrumento de percepción y conocimiento del mundo. Una voluptuosidad puesta en tortura de inteligencia preside la génesis de su creación. La vida que al actor, al hombre, se presenta llena de incertidumbres, se ofrece al espectador, al esteta, como un «delicioso espectáculo», ante el cual se sitúa para saborear sus goces y deleites. Gran voluptuoso, junto a Azorín y Miró, el más destacado de nuestra prosa contemporánea, se sitúa amorosamente ante las cosas y las acaricia y saborea—por el tacto y el gusto se le entra el mundo—hasta que le rinden sus íntimos secretos que vierte, recreándose en su fruición, en su exquisita prosa. Del mundo a la intimidad, panal de su creación. Como el de la abeja, su vuelo artístico es un ir y venir de la flor a la colmena, en donde las que «hoy son flores azules / mañana serán miel».

Con la misma voluptuosidad que a la vida y a las cosas se acerca a las ideas, a la cultura: el saber está en él estrechamente vinculado al sabor. Morosa y amorosamente, va enriqueciendo su conocimiento con la lectura de libros y autores que decantan y estimulan su pensamiento, dándole ese saber que tan graciosamente—con tanto sabor—nos presenta en su obra. El libro para Jarnés—el leer y el es-

---

(2) *Fauna contemporánea*. Espasa-Calpe, 1933, p. 230.